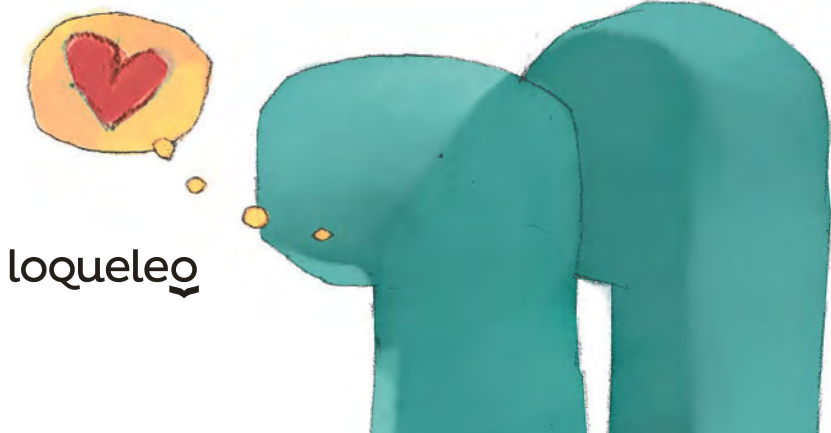


Mi novia secreta

Juana Inés Dehesa

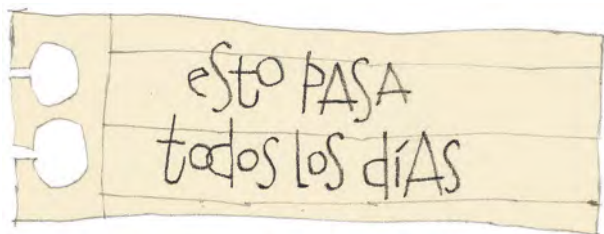
Ilustraciones de Patricio Betteo



loqueleo



Tengo una novia secreta. Es secreta porque ella no sabe que es mi novia.



—¿Te pasó algo emocionante en la escuela?

—pregunta mi mamá.

—¡Ay, ma! A los seis años no pasa nada emocionante.

—Seguro que sí, Andrés. Piensa bien.

—No, ma. De veras.

—Andrés...

—Mmm. Bueno, hoy en Música, Carolina estaba tocando la flauta y se le empezó a escurrir la baba por el otro lado.

—¡Ay, Andrés!



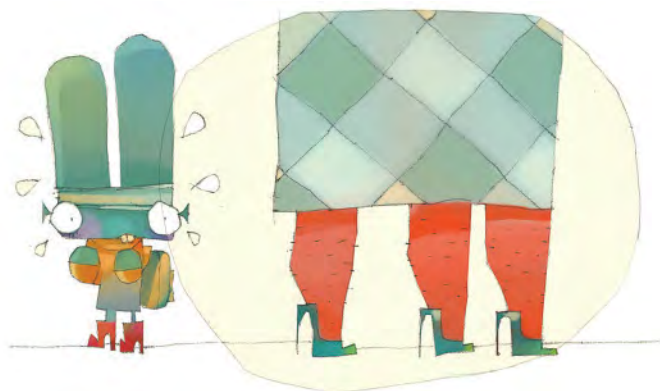
—¡En serio, ma! Y me tocó ser portero y ¿qué crees? Junto a la portería del patio hay una fila de hormiguitas rojas chiquititas.

—No las vayas a tocar, Andrés. Qué tal que son venenosas.

—No creo. Oye, ma, ¿por qué salen pelitos en las piernas? ¿Tú tienes?

—No, mi amor. Yo no tengo. ¿A quién se los viste?

—A la maestra Minerva. Hoy se puso medias blancas y se le veían muchos pelitos. Hoy casi nos regaña, pero por suerte...



—¿Los regaña? ¿Por qué?

—No, nada. Hoy llegó una niña nueva.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal? ¿Es bonita?

¿Por qué entró ahorita? ¿En qué escuela iba?

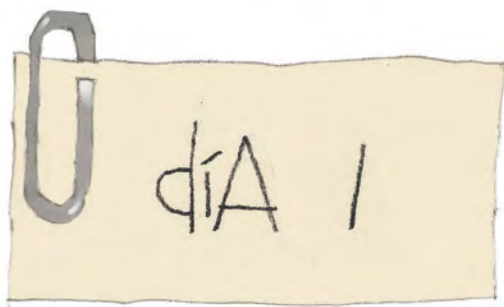
¿Vivía en otro lado? ¿Te cae bien?

¿Se ve mona?

Se me olvida que las mamás, si les dices tantito, quieren saberlo todo.

—Ay, ma. Se llama Fernanda y ya, no sé nada más.





Fernanda llegó a la escuela un lunes. Me acuerdo de que era lunes porque yo no llevaba la tarea.

No fue mi culpa; mi mamá no me recordó hacerla y yo estuve muy ocupado jugando con mis primos y soplándole a las velitas del pastel de mi abuela, que eran muchísimas.

La verdad, sí estaba un poco preocupado. La maestra ya me había dicho que si se me seguía olvidando todo, me iba a sentar en un lugar a mí solo y le iba a decir a mi mamá que se sentara a hacer la tarea conmigo en las tardes en lugar de dejarme salir a jugar.

Lo de la tarea con mi mamá no me importa, porque de todos modos la hacemos juntos mientras ella trabaja en su computadora. Pero no quiero que me cambie de lugar. Me siento junto a Chente, mi mejor amigo, y la maestra nos deja porque dice que así no se vuelve bizca teniendo que cuidar dos lugares al mismo tiempo.

—¿Tú sí hiciste la tarea, Gordo? —me preguntó Chente.

—No —le dije.

—¿Y ahora?

—No sé —y era cierto, no sabía.

—¿Y si mandan llamar a mi mamá, Gordo? ¿Y si nos cambian de lugar? ¿Qué tal que me sientan junto a la pellizcona de Gertrudis?

Gertrudis no era mala gente, pero si la hacías enojar tantito, te daba unos pellizcotes...

—¿Y si mi mamá se enoja y ya no me deja ir al fútbol?